

estarás con recelo y sospecha de todas tus obras, como Job, por santas que parezcan. Y maravillarte has mucho, y espantarte has de pensar que en este abatimiento no permanezcas para siempre, ó de que pueda ser que dejes entrar en tu alma un mismo pensamiento de soberbia. Humíllate profundísimamente, y niega verdaderísimamente, y sufre con igualdad de corazón cuantos males se pudieren ofrecer, con sola esta consideración, de que ya por tus pecados estabas condenado y adjudicado á las infernales llamas, según la presente justicia, si la divina misericordia no te hubiera sido favorable. Y piensa de tí, que eres el mayor pecador del mundo, como lo pensaba de sí nuestro beatísimo P. San Francisco, siendo de los más perfectos del mundo. Mas advierte que has de desear con veras que todos los hombres sientan de tí esto mismo, y que te tengan por tal cual tú juzgas de tí que eres. Y con esta misma consideración has de querer cuanto en tí fuere, que todos te aflijan y te persigan y te sean contrarios; y estar cierto que nunca podrán llegar en este caso á lo que basta.

§ VIII.

Quando fueres injuriado y tenido en poco, alegrarte has, ó á lo ménos no te entristece-

rás; y en tanto que para esto no tuvieres caudal y virtud, cree ciertamente que no te desagradas á tí mismo de todo punto, ni has llegado á humillarte perfectamente; y que aún se ha quedado en tu corazón alguna raíz de soberbia, que impide á esta sagrada mortificación. Aun más te digo: que no sólo has de desear ser menospreciado, sino juzgado por no humilde, cuando más lo estuvieres; que á mi ver este es el punto más alto de la virtud de la humildad. De aquí te nacerá una libertad santa para llegarte á nuestro Señor y una grande confianza en Su Majestad; y lo que más es, un ardiente deseo de alabarle siempre en todas las cosas con devoción y espíritu, y de honrarle, reverenciarle y darle gracias; y será de manera esto, que no hallarás cómo poder satisfacer á tu deseo. Y si tú sólo en todos los instantes y momentos pudieses ofrecerle las alabanzas y honra que todas las criaturas le ofrecen en el cielo y en la tierra, todo te parecería poco ó nada, especialmente si se coteja con la magnificencia suya, dignísima de toda alabanza, como dijo el Sabio, ó con la largueza con que tan estrechamente nos tiene á sí obligados. Y estarás sobre aviso, que todo lo que en tu alma sintieres de virtud y de bien, sin que quede nada para tí, lo has de referir á Dios, de quien lo recibiste; pero lo

que halláres vicioso y malo , firmísimamente cree que es tuyo , y de Dios nada. En esta conferencia de la grandeza y fidelidad de Dios nuestro Señor, y pequeñez é infidelidad nuestra , hay tanto de amores y de gracias espirituales , que es grandísima maravilla , cuando pensamos en ello, no derretirnos amándole, y mayor, poder pensar ó hablar de otras cosas. Este ejercicio es provechosísimo y como inductorio para la perfección de todas las virtudes , y para alcanzar la paz y tranquilidad del corazón; la cual suele ser por este camino tanta, que no basta alguna criatura del mundo á perturbarla. Porque así profundamente se humilla, menosprecia y aniquila el hombre, que no pueden hallarle las criaturas ni tienen de qué asir para molestarle. Mas ¡ay! que algunas veces , en la mayor tranquilidad y bonanza es tan grande el tropél de vicios que combaten el fuerte del corazón, y tanta la tormenta de tentaciones horrendas con que el alma es acometida , que si yo lo quisiese aquí descubrir, sería juzgado por mentiroso; porque de todo en todo parece increíble. Y porque traté largamente de este particular en los *Triunfos* , en el capítulo del «Desamparo y calamidad que causa la ausencia de Dios», no quiero aquí decir otra cosa , sino que no te acobardes en este tiempo , ni te rindas á tan

espantosa escuadra de enemigos ; ántes bien, metido en el hondo de tu corazón, y de la nada , si así se puede decir , de tus virtudes, deja pasar esa borrasca sobre tí y esos ejércitos de demonios; permite y sufre que el cielo y la tierra, y cuanto en ellos hay, se irriten y enojen contra tí; porque no solamente no recibirás daño, aunque parezca que te han de anegar ; sino que será grandísimo el provecho y notables tus ganancias espirituales ; y esto si puedes contenerte y sepultarte en la contemplación de tu nada con una humilde sujeción á Dios y á todas las criaturas, por la verdadera abnegación y menosprecio de tí mismo; porque peleará Dios por tí é inclinará su alteza á la humildad y menosprecio tuyo. Y acuérdate que está escrito , y á los Apóstoles dice: «Cuando el cielo cerrare sus ojos, que son el sol y la luna , y cayeren sus estrellas como rayos, y la mar se alterare y diere confusos bramidos , y los ríos con sus crecientes parezcan anegar la tierra , y anduvieren los hombres ahilados , embelesados y sin color, levantad las cabezas y mirad , que se acerca vuestra redención». ¡Oh maravillosa redención de culpas y de imperfecciones la que sigue á estos torbellinos y batallas espirituales , si el alma se humilla, y resignada en Dios persevera dentro de sí en el abismo de su nada! Yo

daré firmado de mi nombre, y téngase por firma esta mi escritura, que jamas se vió humilde y pequeño en sus ojos, vencido ni engañado, ni de los hombres ni de los demonios. Y en confirmación de esto, hallo escrito del Apóstol: «Lo enfermo y flaco de Dios es más fuerte que los hombres fuertes; y lo necio más sabio que los sabios del mundo. Esa nada que tú conoces de tí que eres, puesta en las manos de Dios, puede más que todo el infierno junto; y esa ignorancia que de tí confiesas vence la sabiduría de Atenas y de todos los hombres que no están así rendidos y humildes». Sí, que escrito está: «Escogió Dios las cosas que no son para destruir las que son». No seas, y podrás más que todo lo que es.

§ IX.

DISCÍPULO. ¿Y más que Dios también?

MAESTRO. Me atrevo á decir, y sea, Señor, con vuestra licencia, que contra el mismo Dios es fuerte el humilde. Isaías dijo: «Los que confían en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas, volarán y no desfallecerán». ¿Y quién sino los humildes confían en el Señor? Pues esos mudan la fortaleza, la de los hombres digo, en fortaleza de Dios: el cual pelea y vence por ellos, en ellos, y destruye,

como otro Sansón, mil filistéos, y millares de ellos, con la debil quijada del jumento. Puede, al fin, lo que quiere el humilde, y puede más que Dios, porque de nadie sino de él se deja vencer. Venga Dios cuanto enojado se pueda imaginar contra un alma; humíllese y aniquílese ésta, que sin duda le vencerá; porque no ha de herir Dios, ni descargar el golpe de su poder sobre la nada. ¿Qué honra ha de sacar el Todopoderoso de tomarse con la nada? «¿Contra la hojarasca, que arrebató el viento, dice Job, mostráis vuestro poder y fuerzas?» Humillóse Acab, y luego revocó Dios la sentencia dada contra él. Humillóse David, y luego le perdonó; y á los que de verdad son humildes promete y asegura su Apóstol la gracia. ¿Para qué te distraes, decía un sabio, en muchas cosas, hombre miserable? Una sola te es necesaria, y que los antiguos tuvieron por venida del cielo, que es conocerte á tí mismo y tenerte por lo que eres. Así oraba el gran Padre Agustino: «El Señor me conceda que ninguna otra cosa haga, ni sepa, sino conocerme». Quédense á un cabo todas las artes, y muy léjos se aparten todos los cuidados, y aprende esta sola cosa; y ten por cierto, que te ocupas en alcanzar toda la erudición y buenas letras. Tan excelente es esta virtud de la humildad, tan admirable y

tan digna de alabanza, que no hay palabras con que se puedan declarar los bienes que por ella nos vienen de la mano liberalísima de Dios. San Buenaventura dijo: « que sola la humildad compite con el poder de Dios ». Y es ello así verdaderamente; porque el humilde, cuanto más dones recibe, más capaz se hace, y más se ensancha para recibir otros de nuevo. De manera, que unos son disposición para otros, y otros para otros. Y como el humilde va siempre vaciándose de sí mismo y empobreciéndose de aire, que San Agustín llamó á este pobre de espíritu, y Dios le va cebando y llenando de sí, al decrecer mío, si soy ese, crecen los dones de Dios. Y así estoy siempre lleno y siempre vacío, desocupado de mí mismo y ocupado de Dios, y él siempre dando y yo recibiendo siempre: ni á su dar se halla fin, ni á mi recibir tampoco. Y como de mi parte no hay obstáculo ni estorbo á los dones de Dios, ni á sus divinas operaciones, facilísimamente es llevada el alma por este camino á la cumbre de la perfección. De aquí nace, que siendo el alma instrumento vivo de Dios, en todas las cosas que Su Majestad quiere hacer de ella, ó permite que se hagan, ora sean prósperas, ora adversas, más parece que se há pasiva que activamente. Tan rendida y tan resignada está á su divino be-

neplácito y tan sin querer propio. Lo cual pertenece á los hijos de Dios, que, como dijo el Apóstol, son llevados de su espíritu, sin hallarse en ellos otra cosa que obediencia á su impulso y movimiento divino. Reciben estos tales de la mano de Dios todas las cosas desnudamente, y de todas se hallan indignos. Reciben la enfermedad con hacimiento de gracias para su provecho; alégranse con la salud por ser de su mano, para emplearla en su servicio, como lo hacía el Santo Profeta, que guardaba su fortaleza para Dios; si son menospreciados, juzgan de sí que son dignos de más deshonra; si les hacen honra, dicen que no la merecen; y cuanto ella es mayor, tanto ellos se humillan y aniquilan más, como hombres que saben su poquedad y nada; confiesan que pecando desmerecieron los dones de Dios; y cuando los reciben no sólo no se ensoberbecen, sino que jamas acaban de admirarse de la largueza divina, porque siendo ellos tan ingratos, les hace tantas mercedes.

§ X.

DISCÍPULO. Al fin hemos de confesar todos que el principio de la verdad es la disciplina y conocimiento de sí mismo.

MAESTRO. Así es; y añadido yo, que en toda tribulación y angustia, la mejor y más eficaz medicina es negarse el hombre á sí mismo, renunciarse y contradecirse. Si alguno, pues, te tuviere en poco, entiende que hace lo que tú estabas obligado á hacer; y así no es estorbo este para tu pretensión, sino muy grande ayuda, porque te apareja el camino para la perfección y salud eterna. Ten por cierto, que si te sabes aprovechar de las correcciones, afrentas y menosprecios, ninguna cosa te puede suceder mejor que ser corregido, despreciado y tenido en poco. Todas las veces que te conocieres de corazón y confesares con la boca por pecador vilísimo y merecedor del infierno, echas sin duda el fundamento verdaderísimo de la justicia, y concuerdas en esto con Dios, el cual te librárá luego de toda confusión. Mas siempre que te soñares justo, ó pensares que eres algo, eres ciertamente mentiroso, y serás condenado del justísimo Vengador de la justicia. En muchas cosas se ha de mortificar la naturaleza primero que adquirieras tal hábito de humildad en tu corazón que sin trabajo seas llevado de tu voluntad á las cosas viles y despreciadas, y á que la honra te sea tormento, y la confusión consuelo. Este, hijo Deseoso, es el camino para el reino de Dios, y la puerta oriental: estre-

cha es, yo lo confieso, y estrecha le pareció al que la abrió; y harto se estrecharon los Santos para entrar por ella. Pero el reino á donde por ella se entra es de tanta codicia, que cuando por la divina misericordia hubieres llegado á ver sus riquezas, tus trabajos todos no te parecerán de una hora. Nunca mucho costó poco, aunque poco es todo lo que por el todo se dé. Muchas otras cosas te pudiera decir de la humildad; pero las dichas bastan, que son las mejores, si hay ejercicio y perseverancia. Dios nos la dé. Amén.

DISCÍPULO. Bien podrías, si no estás cansado, pues la tarde es á propósito y estamos solos, y hay tiempo harto, abrimme la puerta del Poniente, que siento yo en mí ha de ser muy semejante á la del Oriente, y que será muy agradable cosa entrar por ella.

MAESTRO. La caridad abrió esa puerta, mas la humildad la labró; y puedo asegurarte, que es la más segura y cierta entrada para Dios de cuantas se han podido inventar; pero hoy no hablaré palabra de ella, porque quiero primero ver muchas cosas, que requieren tiempo y consideración profunda, acompañadas de humildad y devoción.

DISCÍPULO. Sea como mandares, maestro; que yo no tengo voluntad, pues toda la mía se halla resignada en la tuya.

MAESTRO. Pues tratemos, por eso que has dicho, de la resignación ó abnegación de ella, que es la puerta del Mediodía, y está hecha por el modelo de la pasada, pareciéndose de manera las dos, que las juzgarás una sola.

DISCÍPULO. Eso ménos tendremos que trabajar.

MAESTRO. No es pequeño trabajo negarse el hombre á sí mismo, sino el mayor de los trabajos. Así lo confiesa San Gregorio, que pareciéndole poco dejar todas las cosas por seguir á Cristo, dijo que el punto crudo era dejarse á sí mismo, y es el primer canon de la vida perfecta. En la oración del *Pater noster* he advertido yo, que pidiendo el Reino de Dios, se sigue luego el negamiento de la propia voluntad, y la resignación en la de Dios: *Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra.*

DISCÍPULO. ¿Pues qué hay de consideración en eso?

MAESTRO. Bastaba para ser de mucha haberlo así ordenado Cristo. Pero la que yo he tenido sobre ello es, que es imposible hallar lugar en nosotros el Reino de Dios, que consta de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, si no se renuncia la propia voluntad. ¿Y qué piensas tú que sería la tierra si se cumpliese siempre la divina, como en esta ora-

ción lo pedimos? Por cierto, cielo: y el alma que la hace lo es de la sabiduría de Dios; y aquí pide confiadamente el sustento y regalo espiritual, diciendo: *Panem nostrum substantialiorem da nobis hodie*, que es el mandar de que se sustentan las almas, tan queridas de Dios. Aquí está la remisión cumplida de todos los pecados, como se sigue tras de el pan de cada día, y la evasión y liberación de las tentaciones y lazos del demonio; los cuales ningún lugar tienen en el alma, que está hecha cielo y reino de Dios. Por lo cual te ruego, con el encarecimiento que pide la gravedad de la materia, que con todo cuidado atiendas al beneplácito divino en todas las cosas que hubieres de hacer ó no hacer; de manera, que con perfección hagas lo que Dios te mandare y entendieres que le es agradable, y dejes de hacer lo que no fuere tal; y allí has de acudir á donde sintieres que más frecuentemente eres llamado de su Majestad, dejando por El lo que fuere ó de inclinación ó voluntad tuya. Dí siempre con el Apóstol: «¿Qué mandáis, Señor, que haga?» Fija toda tu confianza en Cristo, y á ninguno, fuera de El, desees agradar, ni te desconsueles sino por aquello que entendieres que le desagrada á El.

§ XI.

Aprende á sacar de todo lo que vieres, ú oyeres, ó supieres, gloria y alabanzas para tu Señor Dios, y de todas las cosas escoge la mejor y de más edificación para tu alma, porque de todas hay mucho que poder sacar. Y en esta manera de vida está la que llaman iluminativa, que hace á los hombres sabios, de sabiduría verdadera; porque en la yerbecita y en el pajarito, en la hormiga y en el elefante, y finalmente, en todas las criaturas, contemplan á Dios por esencia y potencia, como criador y conservador común de todas ellas. Es un bien sobreesencial, más íntimo á mí mismo que yo, y más vecino á toda criatura que ella á sí misma; y si como te digo le considerases atentamente en todas, ora te fuesen gratas, ora molestas, nunca perderías tu alma; porque ni el fuego te quemaría, ni el mosquito te haría guerra, ni el otro enemigo te perseguiría, si Dios un punto de ellos se ausentase. ¿Pues por qué no respetaré yo y reverenciaré en todas las cosas de gusto ó disgusto, de molestia ó descontento, el poder, la sabiduría y la esencia de Dios, que reconozco en ellas? Muy bien dijo San Gregorio, que « la consideración de la equidad del

que nos hiere mitiga la fuerza del dolor que nos causa». El perro, al cual falta este conocimiento, deja de seguir al que le tiró la piedra y muerde de ella, con daño de sus dientes; y yo me enojo con mi enemigo y me enfado con la adversidad porque no recurro á la causa superior, que, para bien mío, ordena ó permite lo uno y lo otro, y sin cuya voluntad ó permisión no se menea la hoja en el árbol, ni de dos pardalejos que siguen una vereda, el uno cae en el lazo que le estaba armado, quedando el otro libre. Esta es una divinísima consideración, poderosa para pacificar el alma, de manera que nada la perturbe, ni haga perder su quietud y paz interior.

DISCÍPULO. Claro está, que si ni en los bienes ni en los males reparo en las criaturas, por medio de las cuales me vienen, sino en Dios, que con admirable providencia dispone y ordena todas las cosas; ni recibiendo mercedes estaré grato á alguna de ellas como á causa principal, ni tampoco en los agravios me quejaré de ninguna por la misma razón: y así puestos los ojos en Dios, por lo uno y por lo otro le daré gracias, pues que sé de cierto que nada dispuso para dañarme, y que todo lo ordena para mi provecho.

MAESTRO. Haz eso y vivirás.

DISCÍPULO. ¿De manera que ninguna cria-

tura puede como principal ni dañarme ni aprovecharme?

MAESTRO. No, porque lo que es en pro del hombre, de parte de Dios principalmente le viene, y lo que es en su daño, de la suya propia. Y así notó divinamente Crisóstomo, en aquel V tomo, verdaderamente dorado, que predicó en Antioquía, que ninguno recibe daño sino de sí mismo; de donde se sigue, que las ganancias todas están á cuenta de Dios, y las pérdidas á la nuestra; y siempre ganaríamos si tuviésemos recurso y pusiésemos los ojos tan solamente en la causa superior, que es Dios; el cual toca los fines de todas las cosas fuertemente, empero dispónelas con suavidad. De uno de aquellos Padres del yermo me acuerdo haber oído decir á mi maestro, que codicioso de saber á qué grado de perfección había llegado en muchos años que tenía de soledad, y qué hombre habría que se le pareciese en el aprovechamiento espiritual, oyó una voz que le dijo: « Sal de tu celda y mira bien la persona que primero te ocurriere, que esa corre parejas contigo en la virtud ». Salió el solitario al camino, y levantándose una gran tempestad de aires, agua y granizo, arrimóse á un árbol, y estando allí, pasó un mozuelo desarrapado, cuyo oficio era vender melcochas, y venía tan contento y

lleno de alegría, aunque el día era tan trabajoso, que puso en admiración al solitario, y preguntóle que cómo venía así de alegre en tiempo tan rigoroso. A lo cual respondió el melcocheruelo, que no tenía razón para hacer otra cosa, porque nuestro Señor hacía su santa voluntad, lo cual él tan solamente buscaba en todas las cosas. Y añadió, que con ningún suceso se turbaba ni entristecía. « Si llueve, huélgome; si hace sol también: si me vienen adversidades no quepo de gozo, y si corre bonanza doy gracias á mi Señor, porque conozco que se hace en todo su voluntad ». Quedó con esto el solitario confuso de verse comparado á un hombrecillo de tan poca cuenta, y cayó en ella de que la perfección ni está en mucho ayunar, ni en abrirse la carne con azotes, ni en altas contemplaciones; sino en ajustarse el alma con la voluntad de su Señor Dios, sin cuidado de otra cosa criada; y cuando ésta se hiciere, estar muy contento; y cierto aprovecha mucho para la perfecta abnegación sujetarse el hombre á Dios y á los hombres por su amor, con alegre corazón; y esto en todas las cosas, sin diferencia, cuando no contradicen á la divina ley y á la profesión que se tiene hecha; porque con esto la naturaleza profundamente se deprime y humilla, y el espíritu altísimamente es elevado sobre sí.

§ XIII.

Al fin habremos de confesar, que toda nuestra salud y remedio estuvo en aquella resignación que Cristo hizo de su voluntad en la del Padre, cuando cercano á la muerte dijo: «No mi voluntad, sino la vuestra, se haga». Y es esta una oración admirable, y que dicha con devoción y espíritu penetra los cielos y negocia con Dios grandes bienes y riquezas para el alma.

DISCÍPULO. No sé ya qué responder, porque me has tomado de manera los puertos para toda réplica, que tengo por cierto, que la suma perfección y el camino para ella, y el fin y remate de todos los ejercicios, está en desterrar el hombre su voluntad y abrazar la de Dios en todas las cosas, ora parezca que son en mi daño, ora en mi provecho.

MAESTRO. Bien dices, y añade que un hombre entregado á su voluntad vive ajeno de todo bien, y ni tiene comunicación con Dios, ni con sus Santos. Argumento es muy claro de propia voluntad andar mudando pareceres, y agradarse y desagradarse de las cosas por momentos.

DISCÍPULO. ¿Puede haber paz en el alma donde hay propia voluntad?

MAESTRO. No, por cierto, ni vaso para la gracia; porque la propia voluntad es hija legítima de la soberbia, á quien Dios está directamente opuesto. El que á sí mismo supo hacerse la guerra, no tema ser guerreado de nadie; y el que se dejó á sí, juntamente dejó todas las cosas, y gozará de perfecta libertad de hijo de Dios. Sí; que los demonios, enemigos nuestros perpetuos, y el mundo con ellos, los ejércitos con que nos acometen y hacen sangrienta guerra, no son otros que nosotros mismos, según que lo dijo con grande propiedad Santiago en su Canónica. «¿De dónde, dice, nacen las guerras y contiendas entre vosotros? ¿Por ventura no nacen de las concupiscencias vuestras, que pelean en vuestros miembros?» Y así es, que cualquiera que asestó contra sí toda su artillería y se venció, venció sin duda á todos sus enemigos. ¿De dónde te parece á tí que nació en los Santos el aborrecer tanto sus cuerpos, y el tratarlos tan mal, y el gozarse en las tribulaciones y persecuciones?

DISCÍPULO. De que les reveló ó enseñó Dios que por este camino caía por tierra el mayor enemigo que tenían, que es la propiedad nuestra, y comenzaban á ser despojados de aquello que antes tenían por hacienda suya particular.

MAESTRO. Por cierto que me he consolado de oírte responder tan á propósito. Alúmbrate el cielo para que en el afecto aproveches, como en el entendimiento te reconozco aprovechado. Con toda verdad te sé decir, que nunca gocé de mi propia voluntad hasta que por Dios la negué; porque en El se cobra mejorado lo que por El se pierde ó renuncia. Y el que dejase un reino entero, y lo que más es, todo el mundo, si se poseyese á sí con desordenado amor, haga cuenta que no dejó nada; pero el que á sí mismo se dejó, ni las riquezas que posee, ni las honras que le ofrecen, ni los amigos familiares le pueden ser de algún impedimento; porque tiene el ánimo libre y el corazón exento y desasido de todas las cosas, y está aparejado para renunciarlas todas, cuando entendiése ser esa la voluntad de Dios.

DISCÍPULO. ¿Cuándo podré yo entender que perfectamente me he negado?

MAESTRO. Si por alguna confusión personal ó pérdida temporal, ó por algún otro suceso, que á tí solo atañe, te entristecieses más y tuvieses mayor sentimiento que si sucediera á otro cualquiera del mundo, ten por cierto que vive en tí el amor propio y que no está del todo muerta tu voluntad ni has alcanzado la verdadera abnegación de tí mismo. Porque

quien siente demasiado las pérdidas temporales, con el hecho confiesa haber poseído injustamente los bienes, que lo son, usurpando para sí como suyo lo que era de sólo Dios. Y el que siendo despreciado y ofendido de otro se altera y encoleriza más de lo justo, declara muy al descubierto: lo primero, ser dignísimo de toda confusión, pues que la honra debida á sólo Dios procura adjudicarla á sí mismo; y lo segundo, que el amor de las criaturas no está perfectamente muerto en él. Vela, pues, hijo mío, sobre tí, y está advertido, que donde quiera que te hallares has de huir de tí por la verdadera abnegación; porque sin ninguna duda este yo, que pretende hallarse conmigo en lo que de virtud hago, es el que destruye y vicia cuanto hago; y así sería gran negocio é importaría mucho si yo fuese sin mí á la Iglesia, á la oración, al ayuno, á la limosna y á las demás obras de religión; porque entonces le son gratísimas á Dios, cuando yo falto de mí en ellas y El se halla todo en ellas; y entonces entra El con sus dones y gracias en mí, cuando yo salgo de mí y saco conmigo todas las criaturas; á las cuales y á mí tengo de morir para que Dios pueda tener vida y regalo en mí; y estando yo lleno de mí y del amor de las criaturas, ningún lugar queda á Dios para morar dentro de mí, y

está tan lejos de mí, cuanto yo lo estoy de esta muerte y abnegación de mí y de todo lo que no es El; y tanto más de devoción y de favor divino hay en el hombre, cuanto mayor es la mortificación y negamiento propio; y tanto más llegado se halla á Dios, cuanto más se aleja de sí y del amor de los vivos. Por tanto, no te canses en este ejercicio ni te espanten los trabajos de él; rompe por todos, y si deseas hallar el todo en todas las cosas, déjalas todas por el todo. Hallarás á lo ménos verdadera tranquilidad y paz de corazón, la cual nadie fácilmente te perturbará, porque está fundada en Dios, en quien no se halla mudanza.

§ XIV.

¡Oh, si desasidos de nosotros mismos y resignados en Dios, sin temor alguno esperásemos los sucesos todos como quiera que fuesen! Gustaríamos, cierto, cuán suave es el Señor; mas ¡ay de nosotros, que apenas se halla hoy en el mundo quien de veras esté resignado y mortificado y sujeto á la divina voluntad! Porque aquel fervor y deseo de Dios que se hallaba en los Santos, ya en nosotros está resfriado; y el color subido de aquel oro finísimo que dice Jeremías, ya se mudó en color de

cobre; los hijos ínclitos de Sión, que vestían de finísimas telas, son ya vasos de barro, obras de las manos del ollero; ya no hay quien sufra por Dios un capirote, ni quien esté tan dejado, que no le quede más que dejar. Pues se entiende, y ten por ciertísimo, que una Ave-María sola dicha con verdadera abnegación de tí mismo, para gloria de Dios, le es más acepta á Su Majestad que si, lleno de tí y fiado de tí, como el fariseo, y con propia voluntad, rezares postrado en tierra todo el Salterio de David; advierte, empero, hijo Deseoso, que si trabajando en esta abnegación y habiendo alcanzado mucha parte de ella, acaso, ó por descuido ó por no apercibido, se te fué alguna palabra áspera y de ira, ó faltaste en algo de lo que hace á esta divina filosofía, que no hay por qué desmayar ni perder el ánimo; porque de ordinario suele nuestro Señor permitir esas caídas, para que por este camino conozca el hombre su flaqueza y lo poco que tiene que fiar de sí mismo, y así salga de la tentación y caída aprovechado. Cuando el demonio te incitare á altivez de corazón, éntrate luego en el abismo de tu vileza y en la nada de tus merecimientos, para que así se abajen los humos de tu arrogancia y presunción vana, y quedes humillado dentro de tí; y no quieras hacer ostentación de

tu paciencia delante de los hombres, que allá de dentro podría ser que padecieses inquietud y levantamiento de corazón. Por experiencia he hallado que algunas veces se debe comer, aunque nos deleite y sea de regalo el ayuno, y dormir cuando nos convidan á vigiliass; porque estas cosas nos abren camino para la dicha consideración de nuestra vileza, y es un artificioso engaño con que nuestro adversario queda burlado y nosotros humillados, y aun apocados, á los ojos de los que han juzgado altamente de nuestra santidad. El hombre verdaderamente resignado y que de todo en todo se dejó á sí y á todas las cosas por Dios, de tal manera está fundado en El, y de tal modo le tiene amparado y guarnecido su verdad, que si alguna criatura quisiese tocarle, había de tocar primero y lastimar el corazón de Dios, donde está encerrado. Al fin concluamos con una palabra lo mucho que de esta materia hay que decir, y sea: que este negamiento propio y desamparo de tí mismo es el camino real para Dios, y la senda derecha, aunque dificultosa, para la cumbre de la perfección evangélica. Y con esto me despido por hoy de tí; y si bastase para que tú te despedieses de tí y yo de mí, rica suerte habría sido la mía.

DISCÍPULO. Dios nos la conceda y te pague

con aventajados premios tan soberana doctrina como me has dado en este día.

MAESTRO. Mañana, si pudiere librarme de cierta ocupación, como espero, trataremos de la tercera y cuarta puertas: de la del Norte, primero, y en el fin, de la del Poniente. Ruega por mí al Señor (porque temo mucho la dificultad de la materia), que me dé su luz, para que hable y sienta como Su Majestad quiere y tú has menester. Adios.

DISCÍPULO. Él vaya contigo. Amén.

